

rarse hasta nosotros, para que percibiéramos desde lo alto los latidos de angustia por sus tristes destinos. ¡Cómo se recortaba en visión vertical toda su esbelta y arrogante fisonomía!

Esto producía, en todos los que gozábamos de tan bella estampa, una oculta sensación de amor y respeto hacia esas gloriosas ruinas del pasado y al mismo tiempo, un deseo de difundir por todo el ámbito de España lo que representan esos castillos. Este era el pensamiento de todos los componentes de la excursión, que en aquella mañana lluviosa, y acercándonos por debajo de las nubes, íbamos saludando en nuestro rápido cruzar castillo tras castillo.

Es indudable que esto ha dejado huella en los periodistas y redactores de radio que nos acompañaron, y así se ha comprobado en las informaciones que con todo entusiasmo han transmitido al público.

El «Día de los Castillos», en años sucesivos, deberá constituir jornadas de estímulo, de estudio, de Asambleas, donde se consideren todas las perspectivas que nuestra tarea representa; pero, sobre todo, siempre nos nutriremos del aliento que el referido Decreto nos brinda. Al mismo tiempo, han de ser también días de ruidosa expansión, de contagio de nuestros entusiasmos y fe en el logro de los ideales que perseguimos. Por todos los medios procuraremos llegar a la misma entraña del pueblo español, y hacerle que *conozca* y que *ame* sus castillos.

El Decreto a que aludimos nos abrió el camino y ahora marchamos, Estado y pueblo español, unidos hacia el mismo objetivo. Estamos seguros que a las disponibilidades de los Poderes públicos se unirá la iniciativa privada, y en torno a nuestra Asociación surgirán soluciones y ayudas, y además, presentaremos ante el mundo el bello ejemplo de un país que, viviendo a diario las inquietudes de la época actual y atendiendo a los acuciantes problemas de cada día, formamos un apretado conjunto de *pueblo* y *Estado*, permitiéndonos el *lujo espiritual* de fijar la mirada llena de amor y de admiración en esas viejas fortalezas que el tiempo *calcinó*, pero no *abatió*, prometiéndoles que seguirán su interminable existencia. Y todo esto, guiados y alentados por el Primer español, nuestro Caudillo y Presidente de nuestro Comité de Honor, que siente este problema como todos los de honda raíz patriótica y ama a los castillos, considerándolos como símbolo de la grandeza de nuestra Patria.